

el mayor desaliento y desmoralización. En ello se fundaba el general Miramón para excitar sin descanso á Maximiliano á tomar la iniciativa, atacando á los republicanos. Si no se obsequiaban sus deseos, lo atribuía á que el general Márquez se oponía esperando un segundo ataque ó que fuese levantado el sitio. Maximiliano, que tenía confianza ciega en la pericia de Márquez, consideraba la impaciencia del general Miramón inconveniente; pero fueron tantas las instancias que hizo este, que por fin pareció que se decidía el Emperador á tomar la ofensiva, ejecutándose todas las disposiciones necesarias en la noche del día diecisiete.

Rechazado el ejército republicano el 14 de Marzo y estando resuelto desde el día 10 que las tropas imperiales tomarían la iniciativa, se esperó aún la llegada del general Olvera; entretanto Miramón insistió con Maximiliano para hacerle aceptar su plan de ataque decisivo y obtener la autorización necesaria para operar.

Consistía el plan en posesionarse de las alturas de San Pablo y San Gregorio; pero el ataque no se llevó á efecto por no haber llegado á tiempo á su puesto la brigada de reserva encargada de cubrir la línea del Norte; fué relevada muy tarde y encontró obstruida la calle que conduce de la plaza de San Francisco al puente de San Sebastian, por una trinchera y carros destruidos; por tal motivo se formó allí un desorden peligroso, no pudiendo la artillería ni la caballería continuar su marcha; en tal situación y cuando los obstáculos comenzaban á apartarse y el orden se restablecía, llegó la orden para que regresaran las fuerzas al convento de la Cruz. Más tarde se supo que el comandante de esa posición creyó que los republicanos, considerándola desguarnecida por los movimientos que observaron, se disponían á atacarla. Esta creencia le fué comunicada al general Mendez, quien partió á toda prisa á informar á su Emperador que estaba en el cerro de las Campanas para presenciar la batalla que estuvo á punto de comenzar; fué consultado Márquez, quien opinó que ante todo era preciso guardar la posición de la Cruz; Maximiliano dió orden á Miramón de suspender el ataque, conduciéndola Márquez á toda prisa, en tanto que Maximiliano y el general de artillería Ramírez Arellano se dirigían violentamente al referido punto de la Cruz.

En la madrugada del día 17 de Marzo, aparecieron los imperialistas formados en columna cual si intentaran un ataque á los cerros de San Pablo y San Gregorio; entonces los republicanos vuelven á amenazar el convento de la Cruz y hacen vivísimo fuego de artillería desde el cerro de Carretas, dando por resultado que los imperialistas se dirigieran á reforzar varios puntos de la plaza, principalmente el de la Cruz. Para proteger las obras de zapa, los cañones de los republicanos también hacían fuego pasando á veces los proyectiles sobre la ciudad.

Los republicanos aun no habían cubierto la línea del Sur y no acababan de reunir todas las fuerzas de que podían disponer. Dadas las órdenes necesarias para atacarlos al amanecer del día 17 en el cerro de San Gregorio, que domina á Querétaro por el lado del Norte y en donde se encontraba el grueso del ejército republicano, arregló el ataque el general Miramón considerando que batidos allí los republicanos, la victoria sería completa. Antes del amanecer habían de salir de la plaza las tropas con

el mayor silencio, para comenzar el ataque de la posición enemiga al rayar el alba; avanzaría la segunda División de infantería mandada por el general Castillo, ocupando la brigada del general Mendez la línea que aquella dejaba, para servirle de reserva y proteger, en caso necesario, la retirada. Por esta parte el ataque era simulado; el verdadero había de ser ejecutado por Miramón, quien saliendo por los llanos que separan la plaza de Querétaro del cerro de San Gregorio, voltearía la posición de los republicanos por la derecha, atacándolos por la retaguardia y protegería el ataque una batería de diez y ocho piezas de campaña apoyadas por la reserva de Miramón; efectuarían un fuego muy vivo contra el cerro de San Gregorio al mismo tiempo que la batería del cerro de las Campanas. La reserva y las diez y ocho piezas colocadas en el llano, rechazarían á su vez á la caballería republicana en caso de que se presentara. La plaza quedaba suficientemente resguardada y durante el ataque establecería Maximiliano el cuartel general en el citado cerro de las Campanas.

Miramón salió de la plaza según el plan combinado, y la reserva y la batería de diez y ocho piezas se situaron en el punto convenido. Maximiliano, acompañado de los generales Márquez y Arellano, se transportó del convento de la Cruz al cerro de las Campanas; pero la División del general Castillo no avanzó por no haberse presentado la fuerza de Mendez destinada á relevarla en el servicio de la plaza, á causa de que faltaron oportunamente las órdenes del Jefe de Estado Mayor. Miramón formó sus columnas al pié del cerro de San Gregorio, é iba á lanzarse contra los republicanos en los momentos en que el general Mendez se presentó á Maximiliano y le dijo que el enemigo entraba á la plaza por el lado de la Cruz, y que la brigada de reserva no había podido ocupar su puesto, siendo ya imposible colocarla útilmente sobre la línea del general Castillo, y que además la plaza iba á ser tomada.

¿Qué debemos hacer? preguntó violentamente Maximiliano al general Márquez.

—“Volver inmediatamente de donde venís, contestó éste, y dar orden al general Miramón de replegarse en seguida, pues ya no es posible que ataque.”

Maximiliano abandonó el cerro de las Campanas en compañía de Ramírez Arellano; entró á Querétaro y se detuvo en la plaza de San Francisco, en el centro de la ciudad. Mendez se reunió con su brigada que había dejado en las calles y operó una concentración hacia la Cruz. Márquez partió á toda prisa en busca de Miramón para transmitirle personalmente la orden de suspender el ataque y retirarse á la plaza, llegando en los momentos en que el ataque iba á tener verificativo. Miramón se sorprendió de que el general Castillo no hubiera podido moverse porque Mendez no lo relevó, y no quiso creer la noticia de la entrada de los republicanos al convento de la Cruz; pero obedeciendo la orden de Maximiliano, tuvo que retirarse al momento; envainó su espada y mostrando su disgusto, hizo que ejecutaran sus tropas la orden de su Soberano. Todas las fuerzas de la plaza se replegaron á sus puestos, cuando los sitiadores, que no se daban cuenta del movimiento de concentración que se operaba y tan solo veían las espesas columnas de polvo que levantaban las tropas imperialistas, les hicieron algunos tiros de cañón.

En el momento en que Márquez llegaba delante de Miramón con la orden para impedir el ataque, este general, con la espada desenvainada arengaba á sus tropas y les comunicaba su entusiasmo y fé ciega en el éxito. La luz del alba alumbraba ya; las diez y ocho piezas de artillería que se colocaron frente á las posiciones enemigas iban á romper el fuego. Al retirarse supo que ningún peligro corría la Cruz. Encontró al Ministro Vidaurri frente al palacio municipal y le dijo:

“Os encargo que comuniquéis al Emperador, que ya no cuente conmigo para proyectos de ataque ni para ningún consejo de guerra; obedeceré las órdenes que se me den y nada más.” Vidaurri trató de calmar á Miramón y nada dijo al Emperador de lo que ese general le encargaba. Fué reconocido el error involuntario del comandante de la Cruz; pero ya era muy tarde para reparar el mal, pues con la luz del día se descubrieron todos los movimientos ejecutados por los imperialistas.

Desde ese día empeoró notablemente la posición de los sitiados, que se veían perseguidos por la fatalidad que les detenía cada vez que se encontraban en la vía de un éxito feliz. Los republicanos comenzaron desde entonces un sitio en regla, convencidos de que de otro modo no podrían vencer las dificultades que se presentaban. Se pretendió batirlos parcialmente para debilitarlos y Miramón hizo una salida por el Oeste de Querétaro sobre la hacienda de San Juanico, á cuatro kilómetros de la ciudad, donde se proveyó de víveres y forrajes, despues de haberla abandonado la fuerza republicana que cuidaba el punto. Este general salió muy temprano con los fronterizos al mando de Quiroga, el batallón de Celaya y parte de los cazadores franco-mexicanos con cuatro piezas de artillería. (1) Todo el maíz que se encontró fué cargado en carros; pero mientras se verificaba esta operación atacaron las caballerías republicanas sostenidas por la artillería, y Miramón las fué conteniendo; vióse comprometida la caballería de Quiroga, pero la socorrió á tiempo la infantería guardia municipal de México. El botín entró al fin á la ciudad, atacado muy de cerca y con brío por los republicanos. Una granada que cayó en un ca-

(1) El 21 de Marzo, día siguiente al en que se decidió en consejo de guerra que se defendería la ciudad de Querétaro á todo trance, fué informado el general Miramón por sus espías, que al pueblo de San Juanico, á una legua de Querétaro, habían llegado refuerzos, artillería, parque, armas, cuatrocientos carros con provisiones y varias manadas de ganado. En consecuencia recibieron orden los cazadores, tiradores y una batería, para que á las cinco de la mañana del día 22 atacaran el pueblo de San Juanico, apoyándolos la caballería á las órdenes de Mejía por el flanco derecho y la de Quiroga por el izquierdo.

Al amanecer del 22 marchaba la columna al mando del general Miramón por el camino de Celaya, que es el que conduce á San Juanico, y á cuya derecha corre el río Blanco. Cerca del pueblo encontraron á las avanzadas republicanas y comenzó el combate, dejando los republicanos el pueblo y hacienda situada á su extremidad, donde estuvo el cuartel general del comandante en jefe Escobedo; pero no tomaron los imperialistas más que algunos carros con maíz, buena cantidad de armas y de ganado vacuno y lanar; en seguida se retiraron para Querétaro, molestados por las caballerías que mandaba el coronel Guadarrama, que no logró derrotarlos por haber recibido refuerzos Miramón, cuya columna al principio fué de mil quinientos hombres, apoyados con cuatro piezas de campaña.

jón de municiones, produjo terrible explosión y mató á varios é hirió á muchos. Ese día se distinguió el príncipe de Salm-Salm, habiendo matado una bala el caballo que montaba.

Las grandes pérdidas sufridas, indicaron lo que se debía esperar del ejército republicano, y entonces el general Márquez y otros jefes volvieron á manifestar su deseo de una retirada hácia México, para reunirse con las fuerzas existentes en la capital y dar una batalla decisiva á los republicanos, con probabilidades de éxito feliz. La idea no fué aceptada por Maximiliano ni por los generales Miramón y Arellano, quienes en un consejo de guerra reunido el día 20 de Marzo, insistieron en que la retirada era la derrota. Solamente estuvieron de acuerdo los generales en que pasara á México alguno de ellos para sacar todas ó parte de las fuerzas aquí concentradas y los recursos pecuniarios que pudiera conseguir, y fuera á reunirse con el ejército imperial ó maniobrara de manera que los republicanos se vieran forzados á levantar el sitio.

Maximiliano señaló para esa misión al general Márquez, al cual acompañó D. Santiago Vidaurri, nombrado presidente del Consejo de Ministros, y les dió por escolta una brigada de caballería compuesta del 5.º de lanceros y dos cuerpos de fronterizos, todos al mando del coronel Quiroga. Salieron en la madrugada del 22 al 23 por el Sur de la ciudad, rumbo aun no ocupado por los sitiadores, y siguieron el camino de la montaña. Los republicanos destacaron en su persecución una columna de cuatro mil ginetes al mando del coronel Guadarrama; pero no les dió alcance.

En Querétaro se quedaban esperando el regreso de Márquez, en quien por entonces se fijaron todas las esperanzas para salir de la penosa situación en que se encontraban los sitiados.

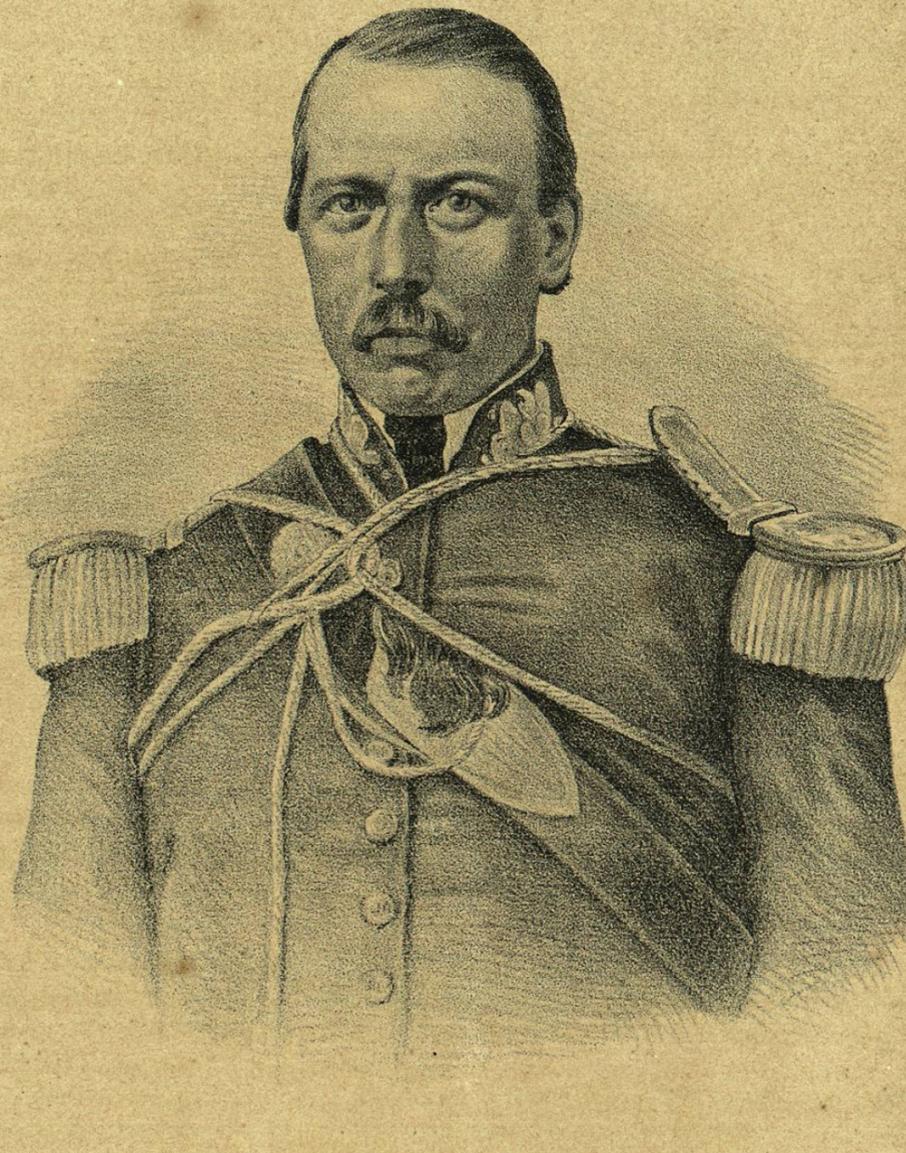
En tanto que dentro de la plaza se discutía lo que había que hacer, los republicanos constituían en blanco favorito de su artillería los siguientes puntos: la Cruz, el convento de Santa Clara, ocupado por la Maestranza de la artillería, el cerro de las Campanas, la Alameda, la Casa Blanca y el puente al fin de la calle de Miraflores. Las baterías de los imperialistas estaban colocadas en el cerro de las Campanas, entre éste y el puente, en la Cruz, en San Francisquito, en la Alameda, en la Casa Blanca y entre ésta y el camino de Celaya.

II

(CONTINUA EL SITIO DE QUERETARO)

El coronel Miguel López recibe el mando de la reserva.—Crece la opinión en favor de la retirada.—Miramón sigue manifestándose opuesto á ese parecer.—Le apoya el general Ramírez Arellano.—Talleres para fabricar pólvora y proyectiles.—Nueva junta de guerra.—La preside por voluntad de Maximiliano el general Miramón.—Se desecha el proyecto en pró de la retirada.—El general Márquez en México.—Sus poderes eran omnímodos.—Lleva órdenes para cambiar el Ministerio.—No se le fijó plazo para su regreso á Querétaro.—Fue nombrado Lugarteniente del Imperio.—Su salida de Querétaro causó desaliento.—El campo republicano recibe refuerzos.—Sangriento combate del 24 de Marzo.—Visita Maximiliano á los prisioneros.—Escasez de provisiones entre los sitiados.—El ejército imperial condecora á Maximiliano.—Salida del 1° de Abril sobre el barrio de San Sebastian.—Felicitaciones en el 10 de Abril.—Da nuevas seguridades Maximiliano de continuar en su empresa.—Un grupo de oficiales opina por la rendición de la plaza.—Otros piden á Maximiliano que salga con las caballerías.—Se rehúsa y nombra en su lugar al general Mejía.—Este no acepta y queda designado el general Moret.—Nueva junta de guerra.—Fracasa Moret en su intento de salir.—Se sabe en Querétaro la derrota de Márquez entre Puebla y México.—Salida de los sitiados en Querétaro el 24 de Abril.—Ataque del Cimatario el día 27.—Victoria alcanzada por los imperiales.—Se rehacen los republicanos.—Siguen con energía el sitio de la plaza.—Los sitiados apelan para su defensa á diversos ardides.

Disgustado Maximiliano con los pareceres del general Mendez, le separó del mando de la brigada de reserva, remplazándole con el coronel Miguel López. Desazonado quedó Mendez á las órdenes de Miramón en la primera División de infantería, á la vez que eran separados del mando que ejercían, los generales Casanova, Escobar y Herrera y Lozada. Con el dictamen que dejó Márquez acerca de verificar una retirada, estuvieron de acuerdo los generales Mejía y Mendez; pero no se les hacía aprecio, pues se les consideraba desanimados. Los esfuerzos de los que opinaban por la retirada fueron de tal naturaleza, que llegaron á inclinar el ánimo de Maximiliano en favor de tal proyecto, al grado de que para asegurar la ejecución había dado conocimiento de las medidas tomadas, al ministro de la guerra, el 18 de Marzo, ordenándole que dispusiera en los alrededores de la capital el campamento para el ejército con la tienda imperial en el centro, pues no pensaba alojarse ni en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad.



Miguel López

CORONEL DEL REGIMIENTO DE LA EMPERATRIZ.

Acompañó á Maximiliano en el viaje al Interior del territorio nacional en Septiembre de 1864, gozando de toda clase de consideraciones por parte del Monarca. Cuando después de la retirada del ejército francés marchó el Emperador á defender en Querétaro su trono, á principios de 1867, llevó consigo otra vez al coronel López, y le manifestó tal confianza, que en las postrimerías del sitio puesto á esa plaza por los republicanos, le encargó una misión tan delicada cuanto difícil: obtener una conferencia con el general en jefe de los sitiadores, para evitar que continuara el derramamiento inútil de sangre. López fue más allá; abrió al ejército sitiador las puertas de Querétaro, poniendo fin al sitio que los imperiales no podían ya sostener. Y halló motivos para su infiel conducta, en las sugerencias y confianza misma de Maximiliano, quien después de los arreglos que se proponía llevar á cabo, abandonaría el país mexicano para siempre. Según un documento oficial publicado por el General Escobedo, la misión que desempeñó López solicitando la conferencia, constituyó un secreto que fué guardado por espacio de veinte años.